

LECTURAS

Por CRISTOBAL DE CASTRO

DÍA Y NOCHE DE MADRID

(«Aquel Madrid», de Ruiz Albéniz)

Madrid público y Madrid íntimo. Madrid por fuera y Madrid por dentro. «Día y noche de Madrid», como en Francisco de los Santos; «Aquel Madrid», de Víctor Ruiz Albéniz; además de «Gala de forasteros», es «Panorama madrileño», como en Mesonero Romanos.

Tres mil personas conocidas puzulan por sus calles y plazas, por sus paseos y espectáculos, en un ayer con latir de hoy. Las vemos en su indumentaria pintoresca y las oímos en su charla embarullada, como en un inmanso escenario de «Cuadros vivos». No es el Madrid de «quita y pon» —trazado por el pon de la Casualidad ajena— o por el quita de la Casualidad propia, sino el de la permanencia objetiva, inmutable, visto y oído sin prejuicio, sentido y expresado confesionalmente. Ni es tampoco relato de advenedizo, manera de estar, sino de profesional (pro fe) manera de ser. En los años que abarca—de 1900 a 1914—se cifra todo un ciclo de costumbres inconfundibles, gran tema para los etnólogos; y un ciclo de «complejos» anímicos, hondo problema para los psicólogos. Los costumbres, amén de pintorescas, ¿era todo, trivialidad? Los hombres, amén de cordiales y simpáticos, ¿todo inconsciencia? «Aquel Madrid!», recogió la vida con la animación palpitante de un No-Do: calles, paseos, sazonillos; Redacciones, el protocolo palatino; «los escándalos del Congreso», los bohemios de Fornos, los organilleros de la Bomba, las modistillas columpiándose en las verbenas, los espadachines entrenándose en las salas de armas, tardes de toros en la carretera de Aragón, noches galantes en la Ópera del Retiro, la florista en colocolio con el duque...; tres mil personas que desfilan por «Aquel Madrid!» como por una cinta de largo metraje, y cada una, señalada por el nombre y la personalidad... Tres mil personas distintas y un solo Madrid verdadero. «Aquel Madrid!» vivió por ese madrileño neto, revivido por ese periodista madrileñísimo—Víctor Ruiz Albéniz—, quien durante cuarenta años no interrumpió, día y noche, su ofrenda volitiva, en un noble y continuo afán por el «Día y la noche de Madrid».

UNA MONJA EPISCOPAL

(La abadesa de Las Huelgas)

El caso verdaderamente fabuloso, pero ciertamente real, de la abadesa de Las Huelgas, cuyo señorío civil alcanza a nombrar jueces y fallar pleitos, y cuya potestad eclesiástica otorga licencias de coelebrar, confesar y predicar, como un prelado, se investiga, ante la Historia y el Derecho en este libro, donde el autor, José María Escrivá, compone un monumento de documentación y doctrina.

A nosotros especialmente nos deleita y sugiere, ya que en nuestro poema «Gorriuelo», estrenado en el Español ha varios lustros, aparece, surgida del Romanticismo, la abadesa del Arlanza querellándose al Rey contra el duque de Arjona:

«Me estaba en mi monasterio,
señorio y heredad,
gobernando mis doncellas
en la regla monacal,
cuando en los campos de Arlanza
mesnaderos vi asomar...»

Son los del duque, que amenaza asaltar el convento, «y como habrán sus balcones—dentro de mi palomar... Como el Rey dicta el remedio, la abadesa publica el suyo: «Si de ello no me vengareis, yo sola me he de vengar,—y me saldré con huesos—contra el duque a guerrear—con mis vírgenes, cantando—salimos por el orial,—en medio de mis mesnadas,—con la cruz de San Millán.»

El libro de José María Escrivá, lujosamente presentado por la Editorial Luz, conjuga el documento con el pensamiento, el archivo con la doctrina, la Poesía con la Verdad, como en el lema goethiano. La bibliografía, copiosa, alcanza desde las donaciones de Alfonso VIII a las monografías contemporáneas. Trae la cronología completa de las abadesas. Numerosas láminas, un mapa en cuatricolor, índices de materias, personas y lugares... Es realmente un libro excepcional.

LA PALABRA EN LA GUERRA

(«Arenas, proclamas y frases militares» seleccionadas por Eduardo Robles Pérez.—Editorial El Gran Capitán, Madrid, 1944)

Es sumamente interesante la antología hecha por Eduardo Robles de este peculiar género oratorio, cuya finalidad no es sólo convencer, sino conmover; que no exige razonamientos, sino vibración y entusiasmo. Interesante no sólo en el aspecto de la actualidad, por los momentos que vive el género humano, debatido en larga y penosa lucha, sino además por su valor dialéctico militar indudable.

Son documentos históricos, condensados las más de las veces en breves frases de tanto valor evocativo y emocional como el

una documentada enseñanza de la vida luminosa del santo campeón de la Piedad frente a los Emperadores y los herejes. Sus páginas reflejan como contra su personal tendencia al estudio, a la soledad y a la meditación, lejos de concentrarse en sí mismo, apartado de las porfías terrenas y en busca de la perfección espiritual. Batallas comprendió la necesidad de luchar contra el creciente paganismo y la fratricida herejía. Ontipo de Casimiro primero, y más tarde metropolitano de Capadocia, encarnó infatigable la intránsigencia contra el error, mereciendo el dictado de Grande. Su lucha ojeó contra los males de la sociedad, impregnada de profundo amor y compasión por los hombres, está narrada con el estilo brioso y levantado habitual en fray Justo Pérez de Urbel.

VIDA INFORTUNADA Y MUERTE HEROICA

(«Fernando Villamil», por Francisco Camba, Editora Nacional, Madrid, 1944)

Uno de los «Brevarios de la vida española», interesante serie publicada por la Editora Nacional, es este volumen de Francisco Camba con la biografía del ilustre marino asturiano. Con todo el pormenor pintoresco y con la fuerza emocional del patriotismo de aquel magnífico tipo de la raza se relata diestramente la formación náutica y singulares dotes del biografiado, su inquietud investigadora y su indiscutible prestigio extranacional; se hace una verdadera novela de aventuras del viaje de circunnavegación de la «Nautilus»; y finalmente, con dramáticos trazos, se describe el trance final en que buscó muerte gloriosa sobre la cubierta del destructor «Furo»; en desigual lucha, por mantener el honor de nuestra bandera, aquel héroe de la Marina española que se llamó Fernando Villamil.

LIBROS RECIBIDOS

Pío Baroja: «Canciones del subterráneo» (prólogo de Azorín); Biblioteca Nueva. Víctor Ruiz Albéniz (Chispero): «Aquel Madrid!»; edición del Ayuntamiento. José Gelsa Hurruga: «Refranero del mar» (dos volúmenes); Instituto Histórico de Marina. Pío Baroja: «Desde la última vuelta del camino» (Memorias); I; El escritor según él y según los críticos; II; Familia; infancia y juventud. Biblioteca Nueva.

Narcollino Menéndez y Pelayo: «Los grandes polígrafos españoles» (gütones y reseñas); Ediciones Haz. José de Ojeda: «El conde de España» (sus procesas y asesinato); Biblioteca Nueva. José Antonio de Uhlerna: «El problema de la vivienda en su aspecto legal» (estudio jurídico); Arturo Schultzer: «Morir» (novela); Biblioteca Nueva. Emilio García Gómez: «Cinco poetas musulmanes»; Espasa-Calpe.

Guillón Salaya: «La economía del porvenir» (segunda edición). José María Hernández Rubio: «Poetas-soldados españoles»; Editora Nacional. Jacobo Burckhardt: «Historia de la cultura griega»; «Revista de Occidente». A Velasco Zazo: «Lo que tuvo y retuvo Madrid». Duque de Maqueda: «Guilherrez de Gárdenas»; Editora Nacional. José Góñi: «La guerra fue así»; Editorial Pazo. Jorge Simmel: «Filosofía de la coquetería y otros ensayos»; «Revista de Occidente». Gerardo Gasset Neyra: «Nuestra Señora de Guadalupe»; Misterio. Frente de Juventudes, teatro de escuadras: «No importa»; «Juan es cadete»; «Unidad entre las tierras y los hombres». Regina Mercedes Vargas: «Hacia el monasterio de Guadalupe». Darío Fernández Flores: «Zarabanda» (novela); Colección Los Cuatro Vientos.